

Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 40 (2013)
Heft: 5

Artikel: El observador implicado
Autor: Papst, Manfred
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-908446>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 03.04.2026

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

El observador implicado

René Burri, nacido en Suiza y siempre de viaje por todo el mundo, es uno de los fotoperiodistas más importantes de nuestra época. Homenaje a un octogenario que se conserva joven de espíritu.
Por Manfred Papst

Es el 20 de noviembre de 1946. Winston Churchill hace una visita oficial a Zúrich. Es conducido por la ciudad en un coche abierto. Al fondo del coche se le ve con sombrero y abrigo. Con su famosa mirada escéptica observa a los curiosos en Bürkliplatz. Uno de ellos es René Burri, de trece años, hijo de un cocinero que no sólo trae al Limmat el sabor forastero de la langosta, las ostras y otros exóticos „bichos“ marinos, sino al que también apasionan la música y la fotografía. Él es quien ha enviado al chico con la cámara: «Viene a Zúrich un hombre importante, no te lo puedes perder».

René Burri ha contado a menudo esta anécdota, ninguno de sus biógrafos puede ignorarla, pues marca el inicio de una pasión que durará toda su vida por el trabajo del fotoperiodista que siempre está en el momento justo y el sitio justo, y forma parte del mito Burri, del mismo modo que su foto más famosa: Che Guevara, 1962, en La Habana. El desenfadado comandante con su mirada de seguridad en sí mismo y su puro en los labios se convirtió en un ícono del siglo; la generación beat reprodujo el retrato miles de veces, si bien no llegó a hacerse tan famoso como el retrato del Che realizado dos años antes por el fotógrafo cubano Alberto Corda, que nos mira desde innumerables camisetas, posters, tazas e insignias. Los jóvenes del 68 encumbraban a este revolucionario como si fuera una estrella de pop. Por eso todo el mundo conoce la foto de Burri – hasta los que nunca han oído hablar del experimento socialista en Latinoamérica ni del fotógrafo suizo.

Retratos famosos en el mundo entero

Resulta muy revelador observar no sólo esta foto clásica, sino toda la serie que Burri hizo entonces y que muestra cómo se acerca el retra-

tista a quien tiene enfrente: se gana su confianza o por lo menos despierta su interés, capta la dinámica en la foto y crea un ambiente cuya exactitud, nitidez y elocuencia sólo puede conseguirse con un retrato de cerca. Quien logra hacer fotos tan magistrales como René Burri, no puede hacerlo desde una distancia prudente, sino que tiene que enfocarlo con empatía, curiosidad, incluso con amor. Y esto es lo que reflejan los retratos que hizo Burri del Che Guevara, así como los de Le Corbusier, Alberto Giacometti, Yves Klein, María Callas o Pablo Picasso, cuya retrospectiva milanesa de 1953 le sobrecogió y al que acompañó en 1958 en Nîmes a una corrida de toros, y también los de muchas otras personas anónimas en sus vidas laborales cotidianas.

Este fotógrafo suizo acompañó sobre todo a Le Corbusier durante años de forma tan discreta como persistente. Tres mil negativos dan fe de ello. Sólo así logró – entre otros cientos de fotos – hacer el memorable retrato de una mujer joven ante la famosa capilla de Ronchamp, en el Domingo de Quasimodo. Pero, a veces, Burri también se beneficia de la oportunidad de un momento concreto. En ninguna parte queda patente de forma más espléndida que en una instantánea de 1993 en La Habana: un hombre joven, con pantalones negros y camisa blanca, pedalea por la ciudad. En el portaequipajes va su amada, que brinda al fotógrafo una radiante sonrisa y con un juego de dedos de filigrana le dice algo que supuestamente sólo él podía entender.

Realidad y sueños

Pero incluso cuando Burri no fotografía gente sino construcciones y paisajes, actúa con su enigmática capacidad de implicarse. En este

Le Corbusier en su taller de París en 1960 y la famosa foto ante la capilla construida por él en Ronchamp



sentido, sigue siendo especialmente notable el hecho de que este artista retuvo algunas de sus mejores fotos durante mucho tiempo y sólo las dio a conocer más tarde – por ejemplo en la edición dedicada a él en la revista cultural «Du» de 2011.

René Burri siempre ha sido, según sus propias manifestaciones, una persona que se orienta visualmente. De niño pintaba mucho, de adolescente fue un apasionado cinéfilo y se inscribió en la Escuela de Artes Decorativas. Allí, la fotografía resultaba la asignatura más acorde a sus sueños. Pero la realidad fue distinta después. Burri asistió – al igual que los dos legendarios fotógrafos suizos Werner Bischof y Ernst Scheidegger – a las clases del severo fotógrafo de objetos Hans Finsler. Allí aprendió todos los detalles del oficio. Más tarde se sentía agradecido de este aprendizaje. Pero mientras aprendía, la minuciosa iluminación de bodegones y la fotografía de cosas tan espectaculares como huevos de gallina y sartenes no eran precisamente lo que ese joven se había imaginado.

En la agencia Magnum

Burri encontró finalmente su lugar ideal no en Zúrich, sino en París. La metrópolis junto al Sena se convirtió en su gran amor y su destino. Allí la vida palpitaba, florecían la literatura y el arte. Cada día había algo sorprendente que captar con la cámara. En 1956 empezó a colaborar con la famosa agencia Magnum, fundada en 1947 por Robert Capa, David Seymour, Henri Cartier-Bresson y otros; su colega de más edad, Werner Bischof (1916–1954) lo introdujo a la misma. Ya en 1959, a los 26 años, Burri se convirtió en miembro de pleno derecho de Magnum. En 1963 se casó con Rosselina, la viuda de Werner Bischof, también activa en el mundo de la fotografía internacional y con la que tuvo dos hijos; también tuvo un tercero de su segunda mujer, Clotilde Blanc.

París era una de las grandes pasiones de Burri; la otra eran los viajes. David Seymour y Henri Cartier-Bresson lo apadrinaron en Magnum. Lo enviaban con reporteros de texto a grandes misiones. Pronto, las fotos de Burri aparecieron en las principales revistas de Europa.

¡Una carrera de ensueño! El joven suizo viajó por el Canal de Suez, el Delta del Mekong e Israel, pero además documentó (como hijo de madre alemana estaba especialmente sensibilizado con ese tema) la



Serie sobre Brasilia: una familia el día de la inauguración, en 1960, y una fotografía arquitectónica del año 1997



reconstrucción de Alemania tras la Segunda Guerra Mundial. Su estudio, «Los alemanes», publicado por primera vez en 1962 y más tarde notablemente ampliado, se convirtió en una obra estándar.

Brasilia como proyecto de larga duración

Desde principios de los años 60, a Burri se le encuentra en todo el mundo con sus Leicas: en Latinoamérica, en EE.UU., en Japón y China, en el sureste asiático y en Canadá, pero también en África. Se convierte en un incansable ciudadano del mundo. Uno de los campos por los que más se interesa es la megalópolis de Brasilia. Dedica a la ciudad probeta un fascinante proyecto de largo alcance, que cubre los años comprendidos entre 1958 y 1997. Fascinados observamos cómo Burri hace un seguimiento del descabellado proyecto urbanístico del arquitecto Oscar Niemeyer. Anteriormente, en 1958,

Impresiones de Cuba: pareja en bicicleta en el Malecón (1993) y el Che Guevara como Ministro de Industria (1963)



había dedicado a los gauchos de Argentina un reportaje fotográfico que sigue cautivándonos. ¿Por qué? Porque las mejores fotos de Burri siempre son, al mismo tiempo, símbolos. No sólo muestran un instante, sino que interpretan una sociedad y una era. Por lo demás, a menudo surgen porque el fotógrafo no se dirige justamente al sujeto de interés general sino que tiene el valor de darse la vuelta, mirar a su alrededor y centrarse en los supuestos actores secundarios de lo que sucede.

Como fotógrafo, Burri ha desarrollado un estilo muy personal que aún exactitud y empatía, proximidad y distancia, un sentido del garbo melancólico y la gracia de una determinada situación. Pero no es prisionero de sus propios rendimientos y convicciones. Él mismo acuñó el bonito juego de palabras según el cual él no es un «burrista». Muchos lo han copiado. Pero él siempre les sacaba ventaja. Al pare-

1957: Picasso en el taller de su casa en Cannes y durante una clase de dibujo con sus hijos, Paloma y Claude, y dos amigos



cer, la transición de la fotografía analógica a la digital no fue un esfuerzo para él. Y aunque muy pronto se estableció como clásico de la fotografía en blanco y negro, logró asimismo conquistar el mundo del color. Por una parte porque clientes como «Life», «Look», «Stern» y «Paris Match» lo reclamaban, por otra también porque a él le interesaba el experimento en sí mismo. Desde hace decenios lleva siempre al menos dos cámaras al cuello. Este año se pudo comprobar su doble talento en una exposición del Museo de Artes Decorativas de Zúrich. Se titulaba «Doppelleben» (Doble vida), refiriéndose a un «embarras de richesse» (el dilema de qué elegir entre muchas opciones), no a un desconcierto.

En sus fotos en color, Burri parece más libre, más lúdico, más atrevido. Se libera de las pautas vinculantes de su mundo en blanco y negro. Lo hace en 1957. Entonces aparece su primer reportaje en color

Río de Janeiro en 1960: en el edificio del Ministerio de Salud diseñado por el arquitecto Oscar Niemeyer

RENÉ BURRI

René Burri nació el 9 de abril de 1933 en Zúrich. Desde 1959 pertenece, como miembro fijo de la agencia Magnum, a la élite de su sector. Con sus reportajes y retratos en blanco y negro se ha hecho mundialmente famoso, pero asimismo se ha destacado en el sector de la fotografía en color. Nunca se vio como artista puro. Ha realizado una obra de un valor duradero como fotoperiodista y testigo de época. Numerosas publicaciones y exposiciones documentan sus creaciones.

en «Du». Burri juega con perspectivas, fragmentos, trasfondos: ya no hay nada predefinido, lo que irritó a algunos de sus críticos que echaban de menos la conocida coherencia.

Ahí encaja el hecho de que Burri reconoció muy pronto la historicidad de su medio. Con su aguda mirada observaba el desarrollo del cine y la televisión. Ya en los años sesenta tenía claro que la fotografía, tal y como él la hacía, era agua pasada — con o sin digitalización. Pero también veía sus singulares cualidades: la capacidad de captar momentos y profundizar en ellos en un contexto de volatilidad y superficialidad.

Encantador, seguro de sí mismo, amable

Un reconocimiento de los méritos de René Burri que se refiriera a sus logros artísticos pero no a su persona se quedaría corto. El «grand-seigneur» zuriqués no sólo es el hombre que desaparece tras la cámara y acciona el disparador. Él mismo es una figura a la que uno le desea un fotógrafo congenial: un dandy trajeado, con sombrero y bufanda, de ser posible también con un puro, un *flâneur*; encantador, seguro de sí mismo, elocuente y rápido, un hombre que conoce y ama la vida. Un hombre afable y desenfadado. ¿Quién le tomaría a mal sus pequeñas vanidades? Sobre todo teniendo en cuenta que también puede ser muy generoso: regaló al Museo de Artes Decorativas de Zúrich, la escuela de artes y oficios donde empezó su carrera, todos los objetos de la exposición.

MANFRED PAPST dirige la sección cultural del NZZ am Sonntag.

